

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **48**
Volume

Número **2**
Number

Marzo-Abril **2005**
March-April

Artículo:

Editorial. La doble llama de Octavio Paz

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Facultad de Medicina, UNAM

Otras secciones de
este sitio:

- 👉 [Índice de este número](#)
- 👉 [Más revistas](#)
- 👉 [Búsqueda](#)

*Others sections in
this web site:*

- 👉 [Contents of this number](#)
- 👉 [More journals](#)
- 👉 [Search](#)



www.Medigraphic.com

Editorial

La doble llama de Octavio Paz*

Manuel Quijano, Gabriela Togno

Michel Foucault (Historia de la sexualidad. Siglo XXI editores, 1984) afirma algo que todos hemos constatado, al menos todos los que han sobrepasado los treinta años de edad: que desde el siglo XIX y la mayor parte del XX, la moral se centra en la conducta sexual y que se ha establecido una normativa estricta para cada género —en perjuicio del femenino—, pues los hombres lo toman más comodamente y tienden a llamar bueno no a lo que realmente lo es, sino a lo que desean. Y recuerdo la sentencia de algún epigramista: que la ética es una reflexión sobre la moral vivida. Porque aun dejando de momento lo referente a la conducta sexual, la verdad es que en la vida se busca el bienestar, lo placentero para el yo individual y se anhela eso que pomposamente se intitula la felicidad.

La felicidad tiene dos componentes: la disposición y los actos concretos, pues es necesario que nos gusten el diseño propio de la vida y sus circunstancias: que el entorno material así como los sentimientos y emociones se vivan placenteramente. Por ello la felicidad no es algo de “todo o nada”: se puede estar contento con algo y descontento con algo más. Pero sí, en general la felicidad va unida al placer, a la búsqueda de satisfacciones, a la derrota del miedo y del mal, al logro de lo que gusta, que se supone bueno, que interesa o que parece necesario.

Para hablar del tema escogido hoy, que se refiere a la sexualidad, me valgo de unas notas que la Dra. Togno utilizó para una plática dada ante sus compañeros, con el título de sexualidad, invitada por su profesor cuando realizaba el internado rotatorio de pregrado. El profesor le prestó un librito de ese tema editado por la Prensa Médica Mexicana en que definían todos los términos biológicos y fisiológicos relacionados y se extendían en una clasificación de lo que consideraban normal y patológico (violación, estupro, zoo y necrofilia, pederastía y homosexualidad! lo que indica que es medio antiguo). La ponente no lo utilizó y le dio una vuelta de tuerca a la presentación.

Principio por definir la SEXUALIDAD, de acuerdo con antropólogos y psicólogos, como una de las tres grandes fuerzas o energías interiores que motivan la conducta de los animales, incluido el animal humano. Las otras dos son el instinto de sobrevivencia (incluidos ahí el comer y el dormir), y el afán de poder o de dominio. La pulsión sexual existe efectivamente

en todas las especies como una conducta heredada, obligada y poderosísima, con múltiples variaciones en los diversos órdenes, clases y familias y, en el humano, con toda una gama de proyecciones y matices. Desde la Mantis religiosa que devora al macho mientras copula o la fatalidad de vuelo nupcial de ciertos insectos, hasta el patetismo de los perros que siguen humillados a una hembra en celo cuyas feromonas perciben a cientos de metros, o la ferocidad de las luchas entre lobos, mandriles o machos cabríos por la posesión; y entre los humanos, desde las castas y candorosas escenas de bellos jóvenes en la montaña o en la playa, hasta tristes situaciones de pobres diablos que buscan roces en las aperturas del metro.

En resumen, el ser humano comparte con los animales de nivel inferior en la escala biológica, la necesidad sexual y la búsqueda de satisfacción, pero gracias a su cerebro evolucionado, el *homo sapiens*, capaz de conmoverse ante la belleza de una puesta de sol o de una melodía de Mozart, ha agregado a esa pulsión, dos creaciones magníficas: el erotismo y el amor.**

EROTISMO. En el erotismo la necesidad sexual se transforma en rito y ceremonia; el placer no sirve ya tan sólo a la procreación sino que es un fin en sí mismo. El erotismo es sexualidad socializada y transfigurada por la imaginación y la voluntad del hombre. El acto sexual es siempre el mismo, en cambio el acto erótico tiene mil formas y lo inventa interminablemente la pareja: a veces es licencioso, a veces represivo, a veces perverso, a veces hermoso, pero siempre es sexualidad sublimada. El erotismo permitió al hombre crear-se un mundo aparte, con prácticas, ritos, ideas e instituciones que constituye lo que llamamos cultura. El erotismo es la raíz del arte y se expresa desde las piezas olmecas, las pinturas de Goya, las esculturas de Rodin o los versos de García Lorca:

sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos
la mitad llenos de fuego
la mitad llenos de frío.

*, ** Paz, Octavio.: “La doble llama; erotismo y amor.” Seix Barral. colec. Biblioteca Breve Barcelona, España, 1993.

Aquella noche corrí
el mejor de los caminos
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribo

EL AMOR. Un paso más adelante todavía está el “poderoso demonio” que dice Platón en el *Banquete*. Es algo más que atracción por la belleza humana, es deseo de la belleza en sí; es algo más que placer, es felicidad; es deseo de tener para siempre lo que se ama, aprender a venerar lo bello, lo justo, lo bueno. La sexualidad (genital) se agota en sí misma; el erotismo puede elevarnos a la contemplación y el descubrimiento de la belleza abstracta y la esperanza, pero también puede hundirnos en la concupiscencia. El amor es *siempre* una experiencia que ennoblece pero sólo aquellos de ánimo generoso pueden realmente sentirlo y conservarlo.

No hay amor sin erotismo y no hay erotismo sin sexualidad. Los tres son manifestaciones de vida biológica y, a la vez, pasiones demandantes: una, para liberar cargas genitales que además cumplen con la función de reproducción de la especie; otra para aportar imágenes que embellezcan y mejoren el acto mismo; y la tercera, el amor, que es purificación, transforma al sujeto en objeto exclusivo del encuentro erótico, en persona *única*. Hay en el amor componentes que le dan singularidad: la exclusividad y junto a ello, la reciprocidad; es un acuerdo entre dos y existe voluntad de realizarlo. No es un mero deseo de posesión sino la transformación de ese apetito en apetito de entrega; de transformar el objeto en sujeto único, exclusivo y recíproco... además de misterioso, porque no hay una explicación por la cual amamos a una persona y no a otra. El amor es negación de la propia soberanía, aceptación del otro, es un acto libre de reconocimiento, es reciprocidad libremente otorgada, es un nudo hecho de dos voluntades enlazadas. Un estado en que no existe el cansancio de vivir, en que se cambinan secretos y se es comprendido.

En resumen, sexualidad, erotismo y amor no son sinónimos y su significado, forma y sentido son diferentes de acuerdo con las culturas, clase social, género, edad e individuo. La sexualidad (genital) puede terminar en saciedad ya que no interviene el afecto, el misterio, la seducción y todo se vuelve una gimnasia. El erotismo agrega un sentido estético a la sensación placentera, el deseo discurre lentamente y va en-

contrando una satisfacción paulatina, inclusive ajena a la consumación; forma un clima y transforma el ambiente; es vitalidad, descubrimiento de la belleza. El amor es la culminación del proceso, introduce el afecto y la preocupación por la otra persona, exige cuidado, responsabilidad, entrega; constituye el sentido supremo de la existencia y, cuando muere, produce duelo profundo y pérdida de la integridad, de la plenitud, de lo que es completo en la personalidad**.

La “revolución sexual” de los sesenta tuvo mucho de positivo y también de negativo: la mujer se liberó de trabas y prejuicios, desaparecieron prohibiciones en los códigos sociales y se pudo controlar la gestación. Pero el erotismo dejó de ser pasión instintiva para convertirse en “un derecho” que, como otros, se dejó conquistar por el dinero y la publicidad. Se desacralizó el fenómeno, cambió de naturaleza y se corrompió para poder utilizar el cuerpo como instrumento de propaganda. Se desterró el temor al embarazo no deseado, se dominaron la sífilis y la gonorrea, se dominará pronto el SIDA, pero la belleza imaginativa de la sexualidad a través del erotismo y del amor no se recuperarán. Las feministas exaltadas querían confinar el amor a los hijos y consagrarse a la libertad erótica. El gran perdedor en la vuelta de la mitad del siglo, dice Octavio Paz, fue el amor; esa idea del amor que durante un milenio fue el substrato y el fermento de la espiritualidad, de la literatura y del arte.

Pero no hay que culpar sólo a causas externas y a la historia. Si es verdad que el tiempo del amor es la juventud y si todos hemos sentido alguna vez un instante de dicha que no sería exagerado llamar sobrehumana, debemos reprobar a los jóvenes que se quedan en la sexualidad genital, incapaces de amar, no por impotencia sino por sequedad de alma. Hay que desterrar la moda de las paradojas cénicas, tipo Oscar Wilde, de que los fieles sólo conocen el lado trivial del amor y que son los infieles quienes se acercan al arte y las tragedias del amor. Si el puritanismo se volvió áspero y antipático habría que inventar un nuevo Hedonismo, al servicio de la inteligencia, tal vez debiendo conservar algo del ascetismo que, sin matar los sentidos, nos aleje del libertinaje, por vulgar. Y alejar asimismo el *tedium vitae* reinventando el amor que nos reconcilia con la naturaleza y nos hace sentirnos inmersos en la totalidad de la existencia. Y recordar también que, tan triste como morir, es descubrir que la persona amada nos engaña o ha dejado de querernos: hay que ser fieles.

Insistiendo en la invitación hecha en el Editorial de diciembre pasado, se informa que se publicaron recientemente dos libros, cuya lectura se recomienda:

Edmée Pardo: *Leer cuento y novela; una guía para que los libros nos hagan felices*. Ed. Paidós, México, 128 págs.

Garrido, Felipe: *Para leer mejor, mecanismos de lectura y de la formación de lectores*. Ed. Planeta, México, 2004, 165 págs.